



---

# ROLANDO GARCÍA

¿HACIA DÓNDE VAN  
LAS UNIVERSIDADES?

---

Facultad de Ciencias Exactas y Naturales  
Universidad de Buenos Aires

**Rolando García**

**"¿Hacia dónde van las universidades?"**

es una publicación de la Facultad de Ciencias Exactas y  
Naturales de la Universidad de Buenos Aires,  
República Argentina.

**Edición:**

Armando Doria

**Producción fotográfica:**

CePro Exactas UBA

**Archivo fotográfico:**

Programa de Historia de la Facultad  
de Ciencias Exactas y Naturales UBA

**Diseño:**

Beloso.Lanzillotti

Buenos Aires, marzo de 2009



**Facultad de  
Ciencias Exactas y  
Naturales (UBA)**

---

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
ISBN 978-950-29-1132-8

Se permite la reproducción total o parcial del material contenido en este libro con la condición de  
que sea indicada la fuente.

---

**Autoridades de la  
Facultad de Ciencias  
Exactas y Naturales  
de la Universidad de  
Buenos Aires**

**Decano:**  
Jorge Aliaga

**Vicedecana:**  
Carolina Vera

**Secretaria Académica:**  
Nora Ceballos

**Secretaria Académica Adjunta:**  
Matilde Rusticucci

**Secretario de Investigación:**  
Juan Carlos Reboresda

**Secretaria Adjunta de  
Investigación:**  
Laura Pregliasco

**Secretario de Extensión,  
Graduados y Bienestar:**  
Diego Quesada-Allué

**Secretario Adjunto de Extensión,  
Graduados y Bienestar:**  
Leonardo Zayat

**Secretaria de Hacienda y  
Administración:**  
Mirta Gil

**Secretaria de Consejo Directivo y  
Relaciones Institucionales:**  
Miriam González

**Secretaria de Hábitat:**  
Ana Gruñeiro de Svarc

(3








# ROLANDO GARCÍA

¿HACIA DÓNDE VAN  
LAS UNIVERSIDADES?

(5)



Charla dictada el 12 de mayo de 2006  
en el Aula Magna del Pabellón II de Ciudad Universitaria,  
Facultad de Ciencias Exactas y Naturales - UBA



---

# INTRODUCCIÓN

Cuentan que cuando Rolando García era decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales llegaba al edificio y les pasaba el dedo a las barandas de las escaleras para ver si estaban limpias. Esa actitud podría entenderse como un detalle, pero viniendo de Rolando era una declaración de principios. Es la muestra de la obsesión minuciosa y abarcativa –que tiene principio en lo más elemental de lo cotidiano y culmina en la formulación de la política académica más elaborada y progresista de su época– de quien intentó construir una universidad que fuera la “conciencia crítica y política de la sociedad”. Porque Rolando fue el motor de un modelo que en menos de 10 años impulsó la creación de la Ciudad Universitaria; de un departamento de Industrias de la UBA, en común con la Facultad de Ingeniería; del Instituto de Investigaciones Bioquímicas en manos del Dr. Luis Federico Leloir y la compra de la primera computadora de Sudamérica, “Clementina”. Generó los primeros cargos de dedicación exclusiva del país, lo que instauró el concepto de docentes-investigadores y fortaleció la estructura departamental de la Facultad, características distintivas de Exactas dentro de la UBA. Simultáneamente, fue uno de los creadores del Concejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, CONICET.

Llevó a la Facultad a vivir la “época de oro” que terminó en 1966 con “La Noche de los Bastones Largos”. Aquel episodio suele presentarse como una crónica policial, pero no fue sólo eso. Como dijo alguna vez Rolando: “Es una simplifi-



cación equivocada pensar que durante aquella oportunidad había un grupo de policías que quería romper cabezas. No, eran policías que, instigados por civiles e incluso por universitarios, intentaron –y lograron– romper el escenario”.

Porque siempre tendremos con él una deuda de gratitud y porque, además, revivir sus palabras no es sólo una experiencia placentera sino también la oportunidad de encontrarnos con su pensamiento, es que decidimos publicar la charla que dictara Rolando en 2006, durante el acto homenaje que organizamos desde la Facultad en reconocimiento a su enorme trayectoria académica, política y a su contribución en la construcción de una universidad transformadora y con conciencia social.

*Jorge Aliaga*

*Decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales UBA*



---

# DATOS BIOGRÁFICOS

Rolando García nació el 20 de febrero de 1919 en la Argentina. Se recibió de maestro en 1936 y de Profesor Normal en Ciencias en 1939 en la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta. Ejerció como maestro mientras cursaba la Licenciatura en Ciencias Fisicomatemáticas en la Universidad de Buenos Aires. Obtuvo una beca para estudiar en las Universidades de Chicago y de California, en los Estados Unidos. Sus tesis de maestría y de doctorado versaron sobre temas de hidrodinámica y termodinámica de la atmósfera. Paralelamente, estudió lógica y filosofía de la ciencia con Rudolf Carnap y Hans Reichenbach.

Designado por la Organización Internacional de Aviación Civil de la ONU, realizó trabajos en Montreal, Canadá, sobre la formación de hielo y el efecto de la turbulencia atmosférica en los aviones. Regresó luego a California como profesor de Meteorología, hasta que volvió a establecerse en la Argentina en 1955.

Estuvo a cargo, junto a Vicente Fatone, de la organización de la recientemente creada Universidad del Sur en Bahía Blanca y fue co-organizador del Concejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas CONICET, del cual fue vicepresidente los dos primeros períodos.

Desde 1957, fue decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, con dos reelecciones. Durante ese período,

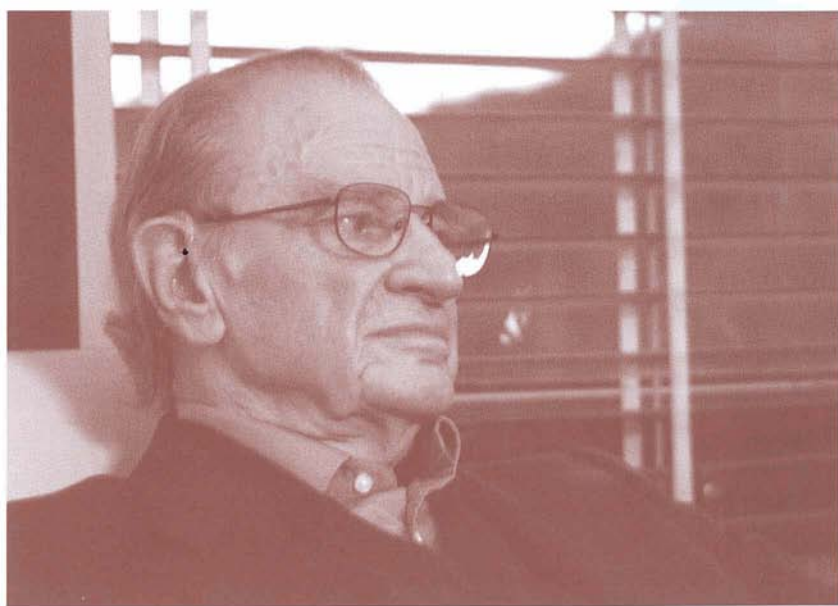
impulsó numerosas innovaciones que colocaron a la Facultad en un primer nivel internacional. Durante su gestión se comenzó a construir la Ciudad Universitaria.

Participó también en la promoción de algunos de los mayores avances de la época, como la creación de la Editorial Universitaria de Buenos Aires EUDEBA. Con el golpe militar de Juan Carlos Onganía, en 1966, y el desalojo brutal de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, se trasladó a Suiza y fue designado director del Global Atmospheric Research Programme por acuerdo entre la Organización Meteorológica Mundial y el Consejo Internacional de Uniones Científicas.

Su establecimiento en la Argentina fue interrumpido por la dictadura militar de Jorge Rafael Videla, pudiendo salir del país con el respaldo de organismos internacionales y del Centro Internacional de Epistemología Genética, para el cual colaboró en varias obras en co-autoría con Jean Piaget. Fue Profesor Visitante del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Ginebra.

Dirigió el programa "La sequía y el hombre", organizado por la Federación Internacional de Institutos de Estudios Avanzados. Se instaló en México invitado por la Universidad Autónoma Metropolitana. Creó la Sección de Metodología y Teoría de la Ciencia del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional.

Actualmente es investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México, pertenece al Sistema Nacional de Investigadores y es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias.



(11)





CHARLA/

[13]



---

ROLANDO GARCÍA DISERTANDO EN EL AULA MAGNA DEL PABELLÓN II DE CIUDAD UNIVERSITARIA.

---

# ¿HACIA DÓNDE VAN LAS UNIVERSIDADES?

Un viejo colega de otros tiempos fue Carlos Chagas. El padre de Chagas fue quién descubrió la enfermedad que se bautizó con el nombre de "Mal de Chagas". El hijo quedó, entonces, condenado a ser llamado "el hijo del Mal de Chagas". En la práctica, se impuso una versión abreviada y Chagas pasó a ser "el hijo del mal".

"El hijo del mal" presidió la Academia Pontificia de Ciencias del Vaticano. Fue gracias a él que tuve acceso a reuniones que se llevaron a cabo dentro de tan hermético recinto. Aunque esa historia también merecería ser contada, he recordado a Chagas por otras circunstancias. Él era brasileño, pero residió por períodos prolongados en Europa. En una entrevista periodística que le hicieron en uno de sus regresos a Brasil, le preguntaron qué significaba para él volver a su país. Con la soberbia que lo caracterizaba, "el hijo del mal" respondió con la célebre expresión "volver es un verbo que yo sólo conjugo con París".

Hoy, esa frase tiene, para mí, un sentido muy particular porque, aunque yo no conjugo el verbo con París, sí lo conjugo con muy pocos lugares. Uno de ellos es, sin duda, esta facultad, a la que conozco desde que era joven... La Facultad, no yo.

Volver aquí es un verdadero placer, muy impregnado de emoción. Gracias a todos por asistir y por acompañarme en este regreso. Agradezco particular-

mente al señor Decano y a la señora Vicedecana, que tan cordialmente me han invitado y recibido, y a todos los involucrados en la organización de este evento. Finalmente, me conmueve la presencia de amigos y cómplices, de ahora y de entonces, y celebro muy profundamente la presencia de tantos estudiantes.

Quienes han asistido antes a cualquier otro acto público en el que yo haya participado, estarán sorprendidos al ver que estoy “hablando por escrito”. Decidí hacerlo por una cuestión de memoria, que tiene mucho más que ver con un exceso de recuerdos que con el olvido. Sucede que algunos de los archivos de mi memoria personal están organizados de tal manera que, en cuanto se evoca uno de sus recuerdos, se dispara un mecanismo de despertador expansivo que resulta difícil detener. Al ponerlo en marcha, sin la contención de un texto escrito, correríamos el riesgo de convertir esta conferencia en una larguísima sucesión de anécdotas sobre cada uno de los temas que me han pedido que aborde.

Esos temas van desde el proyecto de universidad que inventamos a mediados del siglo pasado y de mi perspectiva sobre el futuro de la educación superior en Argentina, en Latinoamérica y en el mundo en general, hasta mi vida y mi formación, pasando por lo que significó, personal, histórica y simbólicamente la Noche de los Bastones Largos. Todo esto en un lapso razonable, y asumiendo la presencia de un público heterogéneo, conformado tanto por profesores e investigadores cercanos a mi generación como por jóvenes graduados y estudiantes recién inscriptos. Debo suponer que, detrás de semejante imposible, lo que en realidad me estaban pidiendo es que hablara de lo que yo quisiera. Sin embargo, me pareció interesante aceptar el desafío. No voy a tratar todos los temas propuestos pero voy a intentar mostrar de qué manera todos ellos están relacionados.

La historia de la Universidad de Buenos Aires en las décadas de 1950 y 1960 es un capítulo importante de la historia de mi vida. De la misma manera, la historia de una institución es, en buena parte, la historia de quienes la han conformado. Pero, además, muchos de los problemas que enfrentamos entonces,



aunque distintos, son comparables a los que actualmente enfrentan quienes se preocupan seriamente por el futuro de la universidad.

Con mucha más resignación que esperanza, muchos se preguntan qué se puede hacer frente a lo que consideran el derrumbe inexorable de las instituciones de educación superior. Muchos de ellos recuerdan o evocan el desarrollo que tuvo hace medio siglo esta universidad (y, en particular, la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales) y consideran que en aquellos tiempos sí se podían hacer cosas y que, en cambio, ahora ya no es posible.

Considerar que, en este momento, las condiciones sociales no permiten el desarrollo de la Universidad, me parece formar parte de un círculo vicioso que termina de cerrarse con el argumento contrario: las condiciones sociales sólo pueden modificarse a través de la educación que incluye, obviamente, el desarrollo de la educación superior.

El estado de la universidad no es únicamente consecuencia del contexto social en el que está inscrita; es, al mismo tiempo, *generador, o por lo menos catalizador* de cambios sociales.

Sobre este punto es necesario hacer un paréntesis. El deterioro de las universidades no me parece un fenómeno homogéneo: basta recorrer, por ejemplo, las universidades de la periferia de Buenos Aires, para apreciar el estado material en el que se encuentran, afortunadamente, muchas de ellas. Por supuesto que, como toda apariencia, el estado material de un edificio puede ser engañoso. Pero suele constituir un primer indicador del estado general en el que se encuentra la institución. Esta constatación merecería un análisis particularmente enfocado a la Universidad de Buenos Aires, pero sigamos con el análisis de las universidades en general.

Decía que la universidad es, al mismo tiempo, reflejo de la sociedad y generadora de cambios. Pero, además, el estado general en el que se encuentra tanto la sociedad en su conjunto como esa institución social en particular, llamada uni-

versidad, no es un estado estático: es un estado dinámico que se mantiene medianamente estable, en un equilibrio que es siempre relativo, hasta que un conjunto de factores obligan a una reestructuración parcial o total.

Asumir que “las cosas son así” y que “no se puede hacer prácticamente nada para cambiarlas”, contribuye a que ciertos estados [insisto: estados dinámicos de equilibrio relativo] se perpetúen. La habituación a lo inaceptable me parece uno de los problemas más graves que ha permeado a todos los sectores y a todos los niveles de la institución universitaria. “Esto es así”, es la respuesta frecuente a la indignación justificada de quienes reaccionan ante una situación que debería indignar y movilizar a todos los involucrados.

La resignación generalizada frente a las cuestiones aparentemente más banales del funcionamiento cotidiano de la institución es uno de los síntomas más claros y alarmantes, tanto del estado en el que se encuentra como de las pocas posibilidades de cambio que este espíritu permite pronosticar hacia el futuro.

Frente a quienes consideran que no es posible reconstruir la universidad que este país necesita, mi reacción es, y ha sido siempre, preguntar qué quiere decir “posible”. ¿Acaso lo posible es algo que está ya dado, que se busca, se encuentra y se utiliza?

Todo proceso profundo de transformación, en cualquier dominio, comienza con la apertura de nuevas vías de acción. En la epistemología constructivista, que constituye mi marco conceptual, llamamos a esto “la construcción de nuevos posibles”. Y esa fue la idea –aunque entonces no fue expresada en estos términos– que nos llevó a concebir el proyecto de universidad que hoy recibe, en retrospectiva, comentarios tan positivos y que, sin embargo, tuvo que enfrentar pronósticos desalentadores y tropezó con dificultades que en muchas ocasiones parecían insalvables.

“La construcción de lo posible” fue el título que di a un texto publicado como capítulo de un libro. Los editores adoptaron el título para bautizar al libro en

su conjunto. Extender la expresión al resto de las contribuciones no fue oportuno en todos los casos. Por una parte, no todos los que figuran en el libro actuaron como constructores activos de ese proyecto. Por otra parte, muchos de los que sí jugaron un papel fundamental, y que lo hicieron de una manera modesta y silenciosa, no fueron convocados. Dicho de otra manera: ni están todos los que son, ni son todos los que están. Comenzar a reunir relatos de quienes estuvimos involucrados en lo que hoy se llama "el período de oro" de la Universidad de Buenos Aires es, sin duda, indispensable para reconstruir la historia. Indispensable pero no suficiente. Los datos obtenidos únicamente a partir de relatos y las anécdotas puntuales sólo adquieren un sentido histórico, es decir, un valor presente, si se inscriben en el contexto de los proyectos que en aquel momento se concibieron como posibles y se materializaron con hechos. Dicho de otra manera, mucho más importante que contar quién hizo qué cosa, es empezar a analizar por qué o para qué se hizo lo que se hizo. Las acciones emprendidas sólo tienen sentido si se comprende cuáles eran sus objetivos.

Las "biografías gloriosas" son otra de las maneras –a mi juicio, no muy válidas– de "hacer" la historia. Es indiscutible el valor de las biografías realizadas a partir de un trabajo histórico serio. En ausencia de ese trabajo, generalmente se cuenta el pasado con los ojos del presente. La vida de quienes hemos estado involucrados en sucesos reconocidos históricamente se cuenta de manera tal que pareciéramos haber seguido una línea recta, sin desvíos ni dudas y donde incluso las casualidades parecen haber sido dictadas por el destino o por cualquier otro tipo de determinismo equivalente. De manera generalizada, se piensa que los que hemos hecho cosas fue porque tuvimos la oportunidad de hacerlas. Y, asimismo, se considera que las condiciones de entonces fueron, a diferencia de las actuales, favorables.

Sucede que mi caso es totalmente ajeno a esas generalizaciones. No heredé ni bienes ni prestigios. No tuve una vocación "evidente" desde la más tierna infancia, y difícilmente hubiera podido siquiera imaginar que habría de seguir una carrera universitaria. Sin embargo, no me considero ni víctima de las

condiciones en las que transcurrió mi historia, ni soberanamente independiente de ellas. Tuve, sin duda, la enorme fortuna, desde la escuela secundaria y, particularmente, en la Escuela Normal donde me formé como maestro, de haber sido discípulo de grandes profesores. Profesores que no limitaban sus enseñanzas al salón de clases y que, en muchos casos, terminaron convirtiéndose en amigos entrañables y en consejeros para el resto de la vida. Profesores que no siempre compartían entre sí posiciones ideológicas, económicas o de cualquier otra índole, pero entre los cuales estas diferencias generaban discusiones sumamente enriquecedoras. Profesores de los cuales uno se sentía responsable como discípulo.

El término "discípulo" ha caído en desuso. Y lo que hoy significa "ser alumno" es muy distinto a lo que significó para mí en aquellos tiempos. Fue con aquellos maestros que empecé a gestar mi convicción sobre el poder de la formación superior como un arma infalible para defender las ideas –que, a diferencia de las opiniones, deben estar fundamentadas–; una formación indispensable para construir un mundo diferente, que adhiera o se oponga a otras experiencias geográficas o históricas pero que de ninguna manera las ignore o las desconozca. Una formación superior organizada y estructurada por una institución: la institución universitaria.

Podemos preguntarnos ¿qué significa hoy en día el término "institución"? La pregunta me parece clave porque creo que uno de los grandes problemas actuales de la sociedad en general es la pérdida del sentido de la institucionalidad. En el contexto particular de las universidades se discute mucho más sobre problemáticas puntuales que sobre el proyecto institucional en el que deberían de estar inscritas. Y es necesario subrayar que existe una gran diferencia entre un proyecto institucional y un programa de medidas propuestas o adoptadas en la coyuntura.

Pero lo que me parece mucho más grave aún es que la pérdida de significado del término institución está contribuyendo a fertilizar el terreno sobre el que las alternativas mercantilistas están haciendo un gran negocio. Y aquí me quiero detener un poco.



Este gran negocio se presenta bajo la forma de dos grandes apuestas con respecto al futuro de la educación superior. Por una parte, están quienes pronostican una educación virtual, fragmentada en módulos y donde se otorguen títulos con fecha de caducidad. En una reunión convocada de manera conjunta por el Banco Mundial y la UNESCO, celebrada en la ciudad alemana de Hanóver en el año 2000 y bajo el título de "Encuentro global por la educación", un representante del Banco Mundial anunciaba: "Es necesario empezar a formar ingenieros capaces de atender las demandas que plantea el acelerado desarrollo tecnológico actual y dejar de formar historiadores de la ingeniería". En esta afirmación ya se esbozaba una propuesta que fue tomando forma en los últimos años y que parece ir en la siguiente dirección: reorganizar la educación superior de manera tal que los alumnos puedan elegir cursos "a la carta" y obtengan certificados que los acreditan como especialistas en campos profesionales restringidos y durante determinado tiempo, generalmente no superior a dos o tres años, dada la velocidad del desarrollo tecnológico.

(21

Sin duda, esta primera posibilidad, además de constituir un negocio majestuoso para quienes venden los cursos y garantizan el consumo de actualizaciones constantes, despierta un interés genuino por parte de los consumidores potenciales: sería posible realizar estudios desde la comodidad del hogar, administrando el tiempo de manera libre y eligiendo cursos sin necesidad de someterse a un programa completo que compromete varios años de disciplina y constancia.

Aunque el hecho de ser asesorado por "facilitadores" –porque el título de "profesor" perdería sentido en este esquema– plantea ciertas dudas sobre la identidad de quién corregirá y orientará al usuario, esta propuesta cuenta con el beneplácito de muchos de los que ven en ella un medio para "democratizar" la enseñanza superior.

Por otra parte, están los que se centran no en la formación de profesionistas sino en una reformulación total de la formación de investigadores en ciencias

básicas. Estos investigadores serían formados en centros de elite, ubicados en las capitales del imperio, y estarían financiados por la industria privada. Sitios totalmente equipados –sin los problemas de financiamiento que típicamente someten al mundo de la investigación–, con muy pocos alumnos formados de manera rigurosa. El esquema excluye al enorme porcentaje de la población mundial que no tendría acceso a esta formación elitista. La investigación básica, que exige una formación larga y especializada, y una dedicación de tiempo completo, ya se considera un lujo al que muy pocos pueden consagrarse.

Los dos proyectos antes mencionados apuntan a un horizonte común: una educación básica, supervisada por el Estado, cada vez más extensa (desde el preescolar hasta la escuela secundaria); y una educación superior, a cargo del sector privado, cada vez más adaptada al mundo laboral. (Recordemos que, en promedio, actualmente una persona suele cambiar de trabajo unas cuatro veces a lo largo de su vida profesional activa). No estamos haciendo una especulación pesimista. Hace pocos años, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico declaró a la educación superior como “un servicio objeto de comercio”. Así, los estudiantes pasan a ser “clientes” y el conocimiento pasa a ser una “mercancía” con valor fluctuante en el mercado. De hecho, las empresas están desplazando a las instituciones. La universidad, en tanto institución, está en peligro de extinguirse. Para defenderla, es necesario preguntarse, de nueva cuenta, qué significan las instituciones y qué tipo de institución universitaria es la que este país, en este momento histórico, necesita. Ese es el problema que se debería estar discutiendo.

Cuando nos propusimos reconstruir la Universidad, en los años 50, enfrentamos una situación comparable en cierta medida. No era suficiente con modificar los planes de estudio, construir nuevos edificios y sustituir el personal docente y administrativo. Era necesario replantear la estructura de la institución, sus objetivos y su funcionamiento, para lo cual se requería mantener a ultranza la autonomía de la gestión. A partir de allí, “construir lo posible” significó encontrar los medios necesarios para poner en práctica la profunda reforma que nos planteamos como meta.

Tener claro en qué consistía la autonomía universitaria y por qué era indispensable defenderla nos permitió negociar con diversas instituciones, incluso extranjeras, para obtener subsidios sin quedar subordinados a las decisiones que muchos intentaron imponer junto con los financiamientos.

Es necesario aclarar que tales subsidios fueron necesarios para el equipamiento de la Universidad y para otorgar becas al exterior, no para la construcción de la Ciudad Universitaria, que fue enteramente financiada por el Estado gracias a una partida especial gestionada directamente por Risieri Frondizi, rector de la UBA y hermano del Presidente de la Nación, Arturo Frondizi.

El haber conseguido los subsidios de la Fundación Ford, insisto, para la compra de material científico y para otorgar becas externas, despertó ataques en todos los frentes. Por una parte, la derecha se preguntaba cómo era posible que fundaciones norteamericanas apoyaran a una facultad dominada por los izquierdistas y que privilegiara a las ciencias duras por encima de las humanidades. (Cabe recordar que la primera gestión que realicé personalmente en Washington con la Fundación, fue para conseguir fondos para la creación del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras). Por otra parte, la obtención de subsidios también despertó ataques por parte de la izquierda, que temía la penetración en el mundo universitario del imperialismo norteamericano a través de los mismos.

La autonomía universitaria nos permitió contar con argumentos sólidos para equipar los laboratorios y para formar a los estudiantes y a muchos de los futuros profesores. Por supuesto que la Fundación quiso controlar, por ejemplo, la lista de candidatos a las becas externas, pero teníamos muy claro que el financiamiento debía ser otorgado a la Facultad y no a los becarios individualmente, por lo que no permitimos ni la más mínima intervención en el proceso de selección.

Pero la autonomía no significaba, para nosotros, el aislamiento ante los problemas del país y del mundo. Casualmente, revisando en estos días viejos papeles, encontré un documento que vale la pena citar porque tiene que ver, precisa-

mente, con las implicaciones políticas de nuestra posición. Mientras yo mantenía relación con la Fundación Ford y con otras organizaciones norteamericanas, en el año 1965 tuvo lugar la invasión a Santo Domingo. En la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, expresamos nuestra condena con actos públicos. Esto enardeció a la derecha que distribuyó un documento que voy a leer a continuación.

**Transcripción literal de los fragmentos  
del documento leídos por Rolando García//**

**“ROLANDO GARCÍA SE SACA LA CARETA”**

(24) “[...] Rolando García engaña a mucha gente; viaja con frecuencia a Estados Unidos de donde trae –merced a su camuflaje científico-democrático– abundantes dólares que las fundaciones Ford y Rockefeller le proporcionan con toda buena fe pero con evidente vocación suicida. Estos dólares, manejados con toda libertad, se emplean, como primer objetivo, en consolidar la hegemonía comunista del Grupo Universitario que dirige Rolando García, y luego marxistizar a la juventud argentina.

Y ahora Rolando García acaba de regresar de Moscú y de inmediato, el día 5 de mayo de 1965, se apura a poner en práctica las órdenes recibidas; aprovecha el dolor del pueblo dominicano para planear la demostración antinorteamericana (¡qué dirán las Fundaciones Ford y Rockefeller!) y sus posteriores desmanes.

“¿Comienza ya a sacarse la careta? Así parece por el discurso que en su carácter de decano dirigió a los estudiantes para enardecernos e incitarlos a la violencia, entre otras cosas les dijo (Ver diario “La Nación”, día 6 de mayo de 1965, pág. 18 columna 4 y 5): “Invasión norteamericana”, “Hecho que se creía desterrado del mundo civilizado”, “he visto con alegría a mi regreso [de Moscú], la unión frente a la



agresión", "América Latina está dispuesta a defenderse", "los felicito por su posición valiente y decidida", etc.

"Esto lo dice un decano de la una facultad Argentina: Seguramente estaría más de acuerdo con su concepto de "mundo civilizado" que las bandas extremistas hubieran fusilado sin piedad y sin discriminación de no haber acudido las fuerzas del orden al llamado de los gobernantes de Santo Domingo.

"(...) El Decano García acaba también de ordenar una semana de suspensión de trabajos prácticos para que sus activistas bolcheviques puedan seguir organizando el terror.

"Sirva esto de advertencia: En Moscú le han dicho que ya está cercano el día que pueda gritar: he sido, soy y seré marxista-leninista."

No objeto la posición ideológica que este panfleto me atribuye. He sido, y sigo siendo, un hombre de izquierda. Pero es necesario subrayar que una posición ideológica no implica una posición partidista y que nunca permití que la política de partidos o grupos influyera en nuestras decisiones.

El documento que he leído pone de manifiesto que la negociación con organismos norteamericanos para la obtención de subsidios no fue contradictoria con mi posición ideológica. Pero por supuesto que era necesario negociar, y no sólo negociamos hacia afuera sino también hacia adentro.

No todas las Facultades estaban juntas, peleando por el mismo proyecto, que era, repito, un proyecto de alto nivel académico, desarrollado en total autonomía pero con un fuerte compromiso social y político, no partidista. La Universidad estaba dividida en dos grandes bloques: uno conformado principalmente por la Facultad de Ciencias Exactas; el otro comandado por la Facultad de Derecha; perdón, de Derecho. La polarización se hacía evidente en las discusiones del Consejo Superior. En muchas oportunidades, en las votaciones

obteníamos la mayoría gracias a los graduados y a los estudiantes, con una minoría de votos por parte de los profesores.

Las negociaciones internas fueron posibles gracias, en buena parte, a que pese a profundas diferencias ideológicas se priorizó siempre el desarrollo académico. Personajes como Eduardo Braun Menéndez –uno de los grandes científicos de la Universidad, profesor de la Facultad de Medicina y miembro del CONICET–, o Venancio Delofeu –jefe del Departamento de Química Orgánica de la Facultad–, a pesar de ser profundamente conservadores apoyaron nuestro proyecto. Su apoyo fue fundamental para, por ejemplo, traer la primera computadora que tuvo este país: Braun Menéndez fue quien convenció a Bernardo Houssay de abstenerse en la votación del Consejo del CONICET para aprobar el presupuesto correspondiente.

El diálogo y la negociación entre distintos sectores de la Universidad fueron, y siguen siendo, indispensables.

La transparencia de la administración que mantuvimos entonces, por ejemplo, fue posible gracias a una negociación de este tipo. Recuerdo que al principio de mis gestiones en la construcción de esta Ciudad Universitaria me preocupaba particularmente la administración de los fondos. Estaba involucrada una cantidad de dinero muy importante, y sabía que la administración podía ser objeto de toda clase de conflictos y de ataques. Llamé entonces a uno de mis más feroces contrincantes, profesor de química orgánica de la Facultad. Le pregunté si él conocía a alguien que tuviera experiencia en construcción y que pudiera hacerse cargo de la administración del presupuesto. Muy desconcertado, como se podrán imaginar, me recomendó alguien de su entera confianza. Gracias a ello, la administración no pudo ser objetada por parte de la derecha.

Una administración impecable generó, además, una base sólida de respeto entre contrincantes ideológicos; lo cual permitió, a su vez, la discusión de serios desacuerdos pero desde una base de respeto.

Las anécdotas que he citado brevemente han pretendido ilustrar la importancia que asignamos al proyecto institucional en el cual tuvieron lugar. Sin comprender ese objetivo y, por lo tanto, tampoco la necesidad de adaptar las conductas que debemos asumir en ocasiones particulares para poder cumplirlo, no tiene sentido juzgar actos o hechos puntuales de manera aislada.

De la misma manera, defender ahora la Universidad de los proyectos mercantilistas a los que hice referencia, debe de empezar por analizar el proyecto de Universidad que se pretende desarrollar. Oponerse a la educación virtual, por ejemplo, sin ese fundamento, significa ignorar que la educación a distancia es un recurso valioso para el desarrollo de ciertas instituciones.

No tener discutido el proyecto institucional de la Universidad deja el terreno libre para que los proyectos mercantilistas tengan el auge que están teniendo. Y son proyectos que sí están claramente planteados en tanto apuntan a un horizonte preciso, aunque en la publicidad de los productos no se haga referencia al interés que está detrás. Si el término institución ya no tiene demasiado sentido, entonces tampoco tendría sentido defender la universidad, que supone un proyecto institucional.

En el caso particular de las universidades de este país y, en especial, de la Universidad de Buenos Aires, el proyecto de institución que empezamos a construir hace medio siglo se detuvo en forma dramática con la dictadura. Independientemente de la importancia personal que tiene para mí la “Noche de los Bastones Largos” (recordemos que no se invadió toda la Universidad; se atacó, con dedicatoria, a la Facultad de Ciencias Exactas) y al margen de su importancia histórica (las atrocidades que vendrían después lo convirtieron en un hecho menor), el acontecimiento tiene un valor simbólico que vale la pena subrayar: la intervención militar de la Universidad significó el principio de un derrumbe del que todavía estamos lejos de habernos recuperado.

Muchos de los que conformábamos la institución –profesores, alumnos, graduados e incluso personal administrativo– fuimos aniquilados, desaparecidos o exiliados.

Por mi parte, la convicción con la que había asumido el decanato de la Facultad sigue siendo la misma que en este momento me permite afirmar que no importa el tamaño de los obstáculos que tengamos que enfrentar, es posible *reconstruir la universidad*.

Estoy seguro de que las alternativas que, lejos de intentar reestructurarla, buscan destruir las universidades, van a conducir a un fracaso social importante a largo plazo. Pero así como la historia muestra que no fue de un día para otro cómo se erigieron las instituciones académicas, si hoy la universidad como institución se derrumba, es imposible evaluar cuántas décadas nos llevará volver a levantarla.

¿Es posible reestructurar la universidad defendiéndola de quienes quieren acabar con ella?, me preguntan continuamente. A lo que yo respondo, tal y como expuse en un principio: no, no es posible; esa posibilidad hay que construirla. Para ello, el análisis de nuestra propia historia es indispensable. Es por eso que quisiera terminar comprometiéndome a crear las condiciones necesarias respecto a mi vida personal, para que me sea posible dejar testimonio de lo que a mí me corresponde contar.

Buenos Aires, 12 de mayo de 2006.





---

ROLANDO GARCÍA RECIBIENDO UNA PLACA DE RECONOCIMIENTO DE MANOS DEL  
DECANO JORGE ALIAGA Y LA VICEDECANA CAROLINA VERA, UNA VEZ FINALIZADA LA DISERTACIÓN.



---

ESTUDIANTES EN LA TERRAZA DEL PATIO CENTRAL DE LA MANZANA DE LA LUCES, PRIMERA CEDE DE LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES, UBICADA EN LA CALLE PERÚ AL 200. AÑO 1964.



PATIO CENTRAL DE LA MANZANA DE LA LUCES. AÑO 1964.